

PiNOCHO

AÑO. IV
NUM. 151

25 cts

8 ENERO
1928



ES UN FONOGRAFO MUY RARO, DEL TIEMPO DE FELIPE II
¡POR DIOS, DON TURULATO! EN TIEMPO DE FELIPE II NO
HABIA FONOGRAFOS.
-POR ESO DIGO QUE ES MUY RARO.

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRIPCION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.

La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón



EL REY TICUNO

CUENTO POR EMILIO SALGARÍ

(Continuación)

Avanzaba el sultán en plena apoteosis, montado en un soberbio caballo blanco, su caballo de batalla, todo cubierto de placas de oro y plata.

La cabeza del monarca iba ceñida por una corona de oro que había pertenecido durante siglos a los sultanes de Segú; su cuerpo iba cubierto por amplia camisa de seda roja bordada en plata, y en sus manos brillaba un fusil incrustado de perlas y piedras preciosas.

Todos los nobles del reino, los ministros y los pocos cabecillas escapados milagrosamente hasta entonces de la muerte le acompañaban, y trescientos *massis* constituían su guardia personal, escogidos entre los más bien formados y vigorosos de sus súbditos.

Cuando el rey Ticuno hubo tomado asiento en el pabellón real, todo de seda recamado de oro, con un sillón de plata maciza incrustada de esmeraldas de un valor inestimable, hizo desfilar por delante de él a todos sus esclavos, que sumaban varias decenas de millar, entre hombres y mujeres.

A cada uno le entregaban una tira de algodón, con la que tenían que vendarse los ojos y en seguida, bajo la escolta de los soldados, eran conducidos en torno de la ciudad, colocándolos delante de un profundo foso en el cual debían construirse los cimientos de la muralla.

Un profundo silencio reinaba entre la muchedumbre, porque el rey había hecho vocear por un heraldo que quien dejase escapar un grito, fuese plebeyo o noble, soldado o jefe, sería muerto inmediatamente.

El silencio era, pues, tan absoluto, que se hubiese

podido oír el vuelo de una mosca. Cuando todos los esclavos estuvieron en sus sitios, colocados en fila inmensa en el borde del foso que rodeaba la ciudad, varios millares de soldados, armados de sables, acercáronse en silencio a la fila de los vendados.

Entonces, mientras un terror instintivo hacía palpitár los corazones de los esclavos y de la muchedumbre, el

rey hizo sonar los cuernos de marfil, mientras los heraldos gritaban a los esclavos que ninguno de ellos se moviese, por ser así la voluntad de su señor.

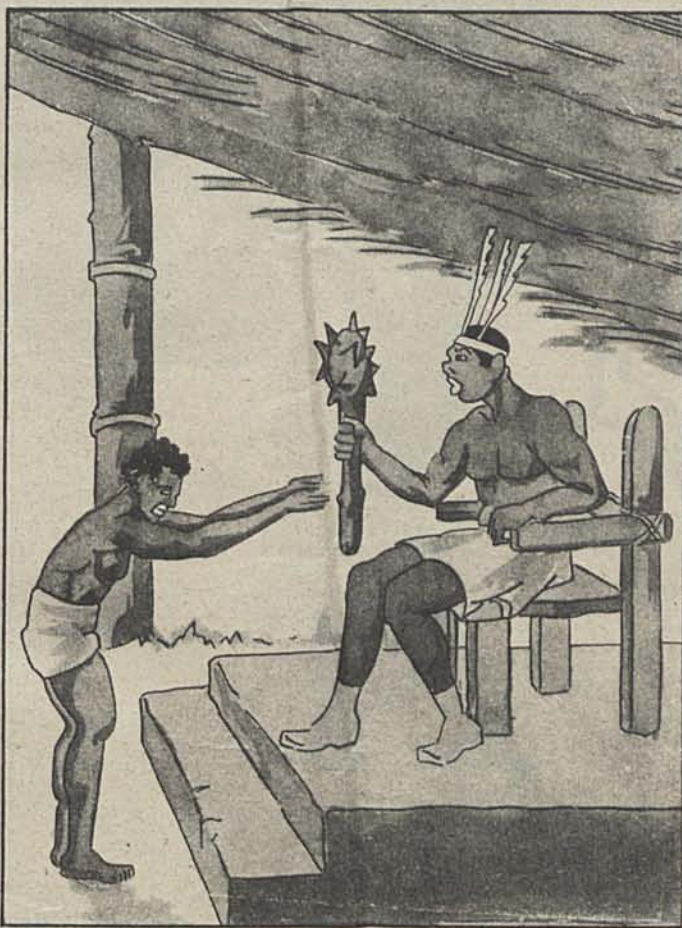
De pronto los espectadores vieron un gran movimiento junto al foso de la ciudad, movimiento de hombres, tierra y piedras, y en seguida oyeron un estruendo de piedras precipitándose.

Después vieron, entre una nube inmensa de polvo, millares y millares de sables y hachas brillar y moverse cual relámpagos, y grandes chorros de sangre correr cual lluvia de tormenta, y entre aquel tumulto oyéronse rumores extraños, sordos murmullos, lamentos y ahogados estertores.

Cuando se disipó aquel polvo, los cimientos de las

murallas de la nueva ciudad surgían al nivel del suelo, y su base se apoyaba sobre millares y millares de cadáveres esclavos. Muchos otros habían sido destinados para completar la espantosa hecatombe; pero habían salvado la vida porque los verdugos no habían tenido ya fuerzas para seguir manejando las espadas y hachas.

Cuando fué permitido a aquellos desventurados quitarse las vendas, un grito de horror escapóse de sus labios.





—¿Cómo es que hay estos huecos en nuestras filas? —se preguntaban todos.

Una voz formidable, salida no se sabe de qué boca, había gritado:

—¡Venganza! ¡Venganza!

El hombre que había lanzado aquel grito, que había llegado a los propios oídos del rey, fué buscado por los soldados, pero en vano.

Si hubieran logrado descubrirle no habría conservado seguramente la vida aquel audaz que se había atrevido a sublevarse contra la crueldad del poderoso monarca. No obstante, muchos esclavos habían visto y oído lanzar aquel grito, y un nombre había salido de sus labios:

—¡Tembo!

Pero se habían guardado de denunciarlo; antes al contrario, una esperanza había atravesado su alma angustiada: la de que aquel hombre pudiese algún día vengar aquella horrible hecatombe.

Era Tembo hombre capaz de mantener la palabra, pues alimentaba un odio inextinguible hacia aquel tirano, que diezmaba a sangre fría la población del reino.

Cabecilla de una gran aldea y súbdito fiel del anterior sultán, había sido el único en oponer una larga y feroz resistencia a las órdenes de Ticuno. Guerrero valeroso y de ánimo fuerte, se había atrevido a reprochar, en alta voz, al usurpador de la sultanía de Segú sus crueldades.

El rey Ticuno no había perdonado tanta audacia. Mandó prender fuego la aldea del temerario, vendió sus habitantes como esclavos, incluso la mujer y los hijos del cabecilla, y no satisfecho todavía, había destituido al guerrero, llevandoselo como esclavo a la capital.

Tembo había devorado durante dos años la rabia, jurando, no obstante, que algún día vengaría a su pueblo, a su mujer y a sus hijos. Había sido condenado a sufrir la misma suerte de aquellos infelices que habían regado el foso con su sangre; pero por un caso maravilloso escapó a la muerte, junto con otros muchos.

Cuando los esclavos fueron conducidos a los cobertizos que les estaban destinados y que formaban parte del real recinto, Tembo reunió en torno suyo a los

esclavos más valientes, todos ellos antiguos guerreros del sultán Segú, y expuso las bases de una asociación que debía tener por objeto la caída del tirano y su castigo.

Eran cuarenta mil los esclavos que aún residían en la ciudad. La conspiración, a pesar de la asidua vigilancia de la guardia real, se desarrolló silenciosamente, conquistando, no sólo a aquellos miserables, sino también a toda la población.

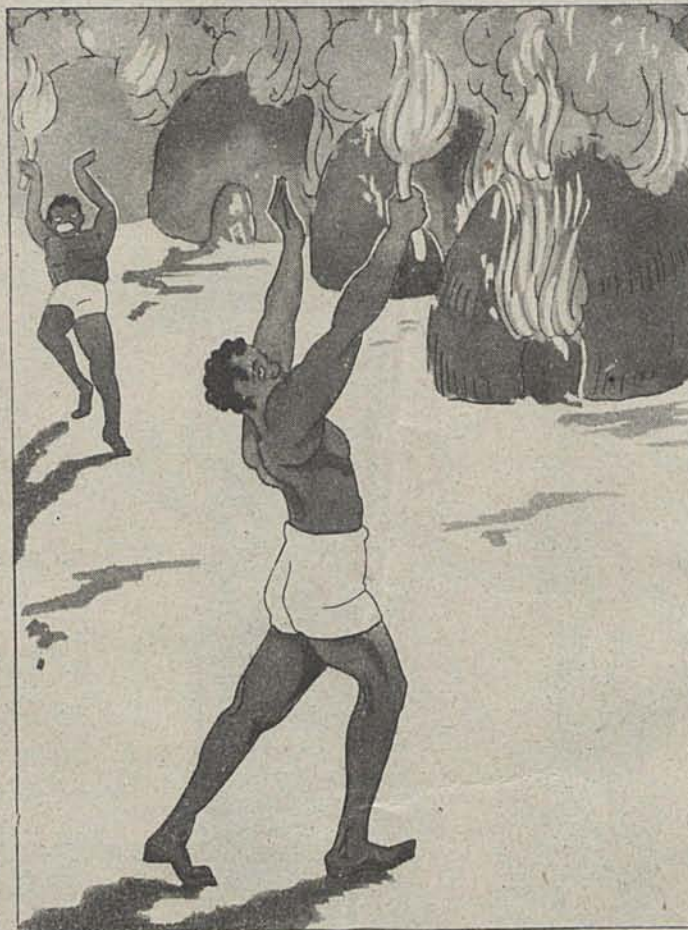
El rey Ticuno, seguro de su poder, no se había dado cuenta de la tormenta que rugía en torno de su mal asegurado trono, cimentado en tantos estragos.

Y, en efecto, ¿quién se hubiera atrevido a desafiar a tal coloso?

Pero he ahí que un día, cuando la ciudad se encon-

traba poco guarnecida de tropas fieles al rey, por estar la mayoría ocupadas en guerrear en los confines del reino para procurarse esclavos para inmolarlos en los sacrificios humanos, he ahí que un estruendo de armas resuena por las calles de la ciudad. Los cuarenta mil esclavos, ayudados por la población en masa, harta ya de sufrir los crueles caprichos de aquel monstruo, habíanse alzado como un solo hombre y corrían, sedientos de odio, al asalto del palacio real.

(Continuará en el número próximo.)



LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA

¡QUE REVIENTE SI NO
RESUELVO ESTE PRO-
BLEMA DE PALABRAS
CRUZADAS!



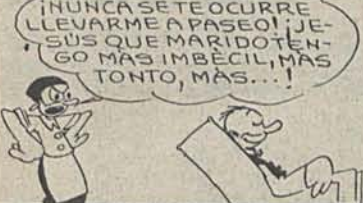
¡UNA PALABRA
MÁS Y SE ACABÓ!



¡UNA PALABRA
MÁS Y SE ACA-
BÓ!



¡NUNCA SE TE OCURRE
LLEVARME A PASEO! JE-
SÚS QUE MARIDOTEN-
GO MÁS IMBÉCIL, MÁS
TONGO, MÁS...



?

¡UNA PALABRA
MÁS Y SE ACABÓ!



¡AY! ¡DISPENSAME
MARIDITO, NO LO
VOLVERÉ A DE-
CIR MÁS!



PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO



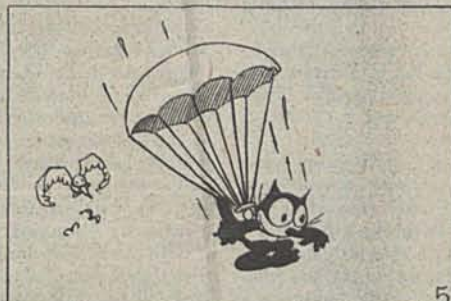
¡A VER
SI PUEDO
ORIENTAR-
ME RESPEC-
TO A DONDE
ESTOY!



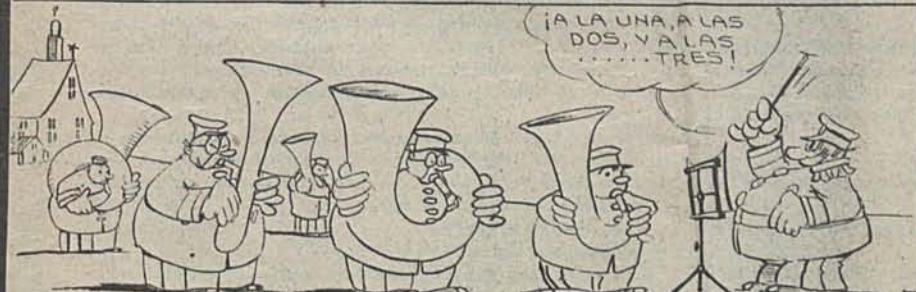
¡POR FIN
ME ENCUEN-
TRO SOBRE
ALEMANIA!



UTILIZARÉ
EL PARACA-
IDAS PARA
ATERRRIZAR
ANTES.



¡HAN TRAN-
DO LA BANDA
DE MÚSICA
PARA RECI-
BIRME!



¡A LA UNA, A LAS
DOS, Y A LAS
...TRES!



¿QUÉ ES
ESTO?



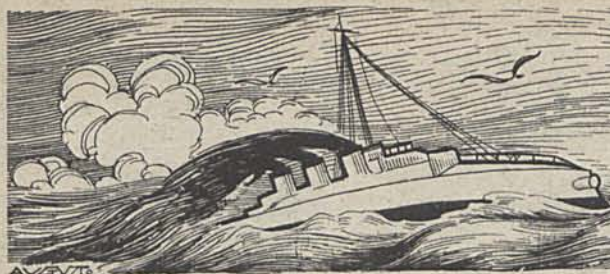
¡PUES SEÑOR, EN AVIA-
CIÓN TODO SON PROBLE-
MAS, Y VO EL QUE HALLO
MÁS DIFÍCIL ES EL
DE ATERRRIZAR!

© 1972, by King Features Inc.

10

DAY SULLIVAN 10-23

1



EL TORPEDERO DE PRESA

Por A. M. GIANELLA

(Continuación.)

—No; yo también salgo a la calle.
—¿Y el malayo Sudharah?
—¡Oh, que me siga lo que quiera! Ahora voy a ponerle encima de una pista completamente falsa.
—¿Se quiere burlar de él?
—Precisamente.
—Cuánto me gustaría saber lo que piensa hacer.
—¿Para qué?
—¡Godoy, para reírme un poco a costa de las bronceadas espaldas del malayo.
—Oye, pues. Me has servido tan bien, que quiero darte gusto.
—Muchas gracias, mi comandante.
—Escucha. Si el *arung* Sudharah me ha reconocido, como me temo, es seguro que no me perderá de vista y tratará de buscar la ocasión de darme unas cuantas puñaladas, como es muy capaz, o de hacerme detener. De la primera hipótesis sabré defenderme, y ya puede estar bien en guardia el muy canalla, pues manejo la pistola como si fuese en tirada profesional.
—Me consta, porque ha sido usted nuestro instructor.
—Sí. En cuanto a la segunda, o sea a la de la detención, que es la más probable, la eludiré dando al malayo la seguridad de poderme coger en un lugar seguro.
—¡Oh, no comprendo!
—Me explicaré. Al salir de aquí iré a telégrafos, y en alta voz encargaré, fingiendo mucha prisa, un camarote para el señor Germán Vernet a bordo del transatlántico *Octavia*, que sale del Havre el 16 por la tarde, o sea al día siguiente de nuestra marcha. Después de esta estratagema abandono el nombre y la persona del supuesto Germán Vernet para convertirme en mi tercera encarnación, o sea en sir Jorge Baker. ¿Qué te parece?
—¡Magnífico!
—Sudharah, creyendo cogerme a bordo del *Octavia*, se informará de la hora en que dicho barco sale del Havre y tomará todas las precauciones necesarias para hacerme detener, mientras nosotros partimos tranquilamente en el *Federiks*.
—Muy bien. Sólo sentiré una cosa.
—¿Qué cosa? —preguntó asombrado el comandante del torpedero de guerra.
—No estar allí para ver la cara de aquel canalla al darse cuenta de la burla...
—Rodolfo de Barenval echóse a reír y acompañó hasta la puerta al joven, que salió restregándose alegremente sus callosas manos y silbando cual un modesto y pacífico ciudadano que marcha de paseo.
El fugitivo de Nou le siguió poco después.

En los capítulos anteriores de esta segunda parte de nuestro relato hemos visto ya cómo fracasó el intento del malayo Sudharah para entregar a la justicia de los hombres a su odiado enemigo.

Hay un proverbio latino, bien conocido, que dice que la fortuna asiste a los audaces.

—El capitán Rodolfo Barenval, que era un completo temerario, triunfaba, por lo tanto, en toda la línea de sus secretas tramas.

Dejémosle, amigos míos, en medio de sus éxitos y reunámonos con otros importantes personajes que hace algún tiempo hemos perdido de vista.

Quiero referirme al *arung* Sudharah en carne y huesos; al hábil pero desgraciado agente Chicottry con sus compañeros de la policía, y de un modo particularísimo al almirante Wilson, que por extraña casualidad veíase envuelto en el vértice del drama, al que con su desdichado torpedero de alta mar había dado involuntario origen.

Por lo mismo conviene que le prestemos cierta detenida atención.

Ricardo-Juan-Enrique Wilson pertenecía a una rica y noble familia escocesa que había dado al arte, a la literatura y a la marina valiosos personajes, entre los cuales figura el ilustre paisajista que tanto cariño demostró por Italia.

Ricardo Wilson, dedicado a la carrera de marino, ganó brillantemente todos sus empleos, hasta que el desgraciado suceso de Nueva Caledonia trunció toda esperanza y aspiración de nuevos honores.

Ante la condena con que fué castigado, el viejo marino creyó morir, pensó en matarse con su propio revólver y, por fin, decidió consolarse viajando por cuenta propia.

Estaba solo en el mundo, o así al menos lo creían los más, aunque algunos afirmasen que tenía una hija, casada contra su voluntad y desaparecida sin que se hubiesen vuelto a saber noticias de ella.

Estaba, pues, solo y era bastante rico; por lo que un día dejó su solitario castillo de la dulce Escocia y marchó a visitar algunas ciudades de Francia, y estuvo quince días en París, dando frecuentes paseos por la calle de *Petits-Champs*, sin atreverse a pararse ante el número 73 y entrar en la casa, aunque sintiese un gran deseo de hacerlo. Por fin marchó al Havre y embarcó en el transatlántico *Octavia*.

¡He aquí que una extraña coincidencia de personas y de circunstancias le evocaba todo el doloroso pasado, poniéndole frente a frente al que había sido la causa principal de su desdicha: al ladrón del torpedero.

Reordemos su grito:

—¡Pronto a París!

El primer tren que salía para la capital francesa acogió en un departamento de primera clase al almirante Ricardo Wilson, el *arung* Sudharah y el excelente agente Chicottry, resuelto a unir a toda costa su nombre a la captura del capitán Rodolfo de Barenval.

Apenas llegados a París, el viejo marino cogió el primer coche de punto que se le puso delante, hizo subir en él a sus dos acompañantes y gritó con voz imponente al cochero:

—Al número 73 de la calle de *Petits-Champs*, y aprieta todo lo que puedas, pues habrá una buena propina.

Emprendieron la marcha a rienda suelta: hombre y caballos hicieron milagros.

Los tres amigos llegaron, bajaron del coche y entraron en seguida en el portal que ya conocemos.

El portero dormía; el almirante le sacudió, preguntándole en tono brusco:

—¿Está en casa el señor Touchet?

—¿A quién busca? ¿Quién es usted? —contestó el otro medio asustado,

Wilson repitió la pregunta.

—No, señor; no está —replicó el portero, reponiéndose.

—¡Dios mío! ¿Está usted seguro?

—Vaya si lo estoy.

—¿Y su hija, la señorita Maud?

—Tampoco está.

—¿Dónde han ido?

—Han marchado de París.

—¿Han marchado?

—Sí.

—¿Hacia dónde?

El portero encogióse de hombros, como dando a entender que ya estaba cargado de tantas preguntas.

Entonces Wilson echó en la mesa una brillante moneda de cinco francos.

El buen hombre, amansado repentinamente ante el brillo de la plata, se hizo repentinamente humilde, obsequioso y servicial.

—Veo que son ustedes amigos del señor Touchet —dijo embolsándose la moneda—. ¿Qué desea saber?

—¿Cuándo han marchado sus inquilinos?

—Ayer por la mañana.

—¿Con equipaje?

—Sí; con el equipaje de gente que marcha muy lejos.

—¿Y no le dijeron nada? ¿No nombraron el sitio a donde iban?

—No.

—¿Qué desdicha!

—Pero yo lo sé.

—¿Sabe dónde han marchado?

—Sí, señor.

—Hable. Le recompensaré.

El portero sonrióse amablemente y prosiguió diciendo:

—Recibieron un telegrama del Havre que les citaba a bordo del vapor correo *Federiks*.

—¿Está seguro? ¿Cómo lo sabe?

—Me lo dijo el ordenanza de telégrafos, que es algo paciente mío...

El almirante Wilson tuvo un gesto de desolación.

—¡Demasiado tarde! —murmuró—. Hemos llegado demasiado tarde; vi salir el transatlántico *Federiks*, que nos lleva demasiada ventaja para poderlo alcanzar, aun a costa de cualquier sacrificio. ¡Dios mío! ¿Qué infamia se oculta detrás de todo esto?

El portero, viendo la intensa angustia que se reflejaba en el rostro del almirante, se incorporó, abrió un cajón de la mesita y sacó una carta sellada.

—Señor —dijo—, la señorita Maud me ha encargado que entregue esta carta a quien pregunte por ella. ¿Es para usted?... Mire las señas...

Wilson cogió la carta y leyó:

«Señor Cipriano Bonnet.

Teniente de Infantería de Marina.»

El almirante meneó la cabeza y contestó, devolviendo la carta:

—Ninguno de nosotros se llama así. Guárdela para la persona a quien va dirigida.

Después se volvió a sus compañeros, añadiendo con triste acento:

—Vámonos. Aquí no hay nada que hacer; al menos por ahora. Aquel maldito nos ha vencido, porque tengo la convicción inquebrantable de que bajo esta misteriosa e imprevista marcha se esconde su diabólica mano.

—¿Pero qué motivo le hace pensar de este modo? —preguntó el agente Chicottry.

—Renato Touchet y su hijastra, Maud Campbell —contestó el almirante—, encontrábanse en Nueva Caledonia cuando el deportado Rodolfo de Barenval realizó su extraordinaria evasión.

—¡Ah! ¡Me parece comprenderlo!

—Sí, amigo mío; estaba enamorado de Maud, y al huir dejó una carta dirigida a ella y llena de amenazas.

—¡Diablo!

—Les causará extrañeza que me interese con tanto calor por la suerte de la desgraciada joven... Un día, quizá, conocerán los motivos de ello...

Wilson estaba conmovido y se mordía los labios para no prorrumpir en sollozos.

—¡Salgamos de aquí —repitió—; salgamos de aquí! ¡Si supiesen cuánto sufro!...

Y dirigióse al portal, seguido del agente Chicottry, pensativo, y del malayo Sudharah, sombrío y con el entrecejo atrozmente fruncido.

De pronto se detuvo, dejando escapar una exclamación de estupor.

En el portal había aparecido un joven, llevando el uniforme de oficial de marina.

V

El teniente. — Todos en busca del señor Touchet. — El destinatario de la carta. — Reconocimiento inesperado. — Secreta congoja. — ¡Valor! — Diabólica estratagema? — Chicottry tiene una idea. — Quién era Cipriano Bonnet. La idea de Chicottry. — Nobles palabras. — Emoción general. — A bordo del «Gascuña», hacia Nueva York.

El nuevo personaje que entra tan repentinamente en la escena de nuestro relato era un joven simpático, de veintiséis a veintiocho años, alto, buen mozo, de rostro moreno, mirada audaz y bigotes a lo húsar.

No creáis que estas pinceladas pretendan retratar a uno de esos fanfarrones que arrastran el sable por las aceras de las ciudades y juran comerse los niños crudos.

Nuestro novel amigo reflejaba en toda su persona una gallardía sin pretensiones, que dejaba vislumbrar valor y modestia, inteligencia y bondad, y se ganaba la confianza y la simpatía de todos, lo cual no es poco, a decir verdad.

Detúvose ante el almirante Wilson, en actitud de sorpresa, sonrióse, y, saludando con gran cortesía, hizo ademán de apartarse a un lado para dejarles paso a los tres.

El viejo marino hizo igual ademán, y contestando con igual cortesía, le dijo:

—Pase usted, teniente.

—No; de ningún modo —replicó el otro.

—Pase usted, sin cumplimientos, porque nosotros no salimos.

—En tal caso, muchas gracias, porque llevo mucha prisa. Y así diciendo, el joven oficial saludó de nuevo correctamente, avanzó hasta la portería y preguntó en voz alta:

—¿El señor Touchet?

—No está.

—¡Oh! ¿Y la señorita Maud?

—Tampoco.

—¡Diablo! —exclamó el teniente, frunciendo el entrecejo.

—Marcharon ayer —prosiguió el portero, mientras cogía el sobre que antes había enseñado al almirante— y dejaron este sobre.

—Démela.

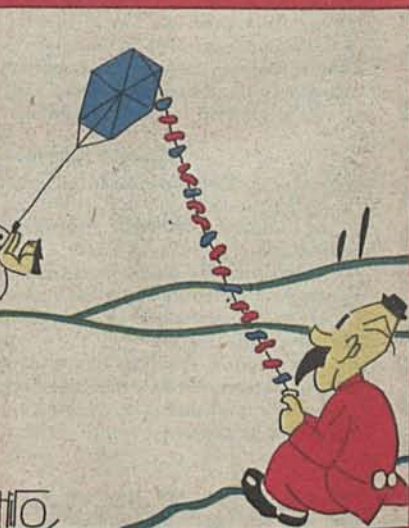
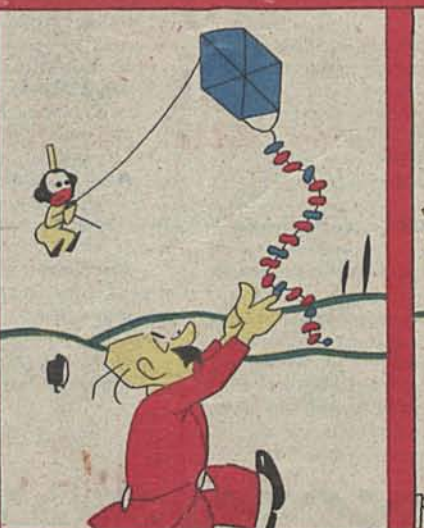
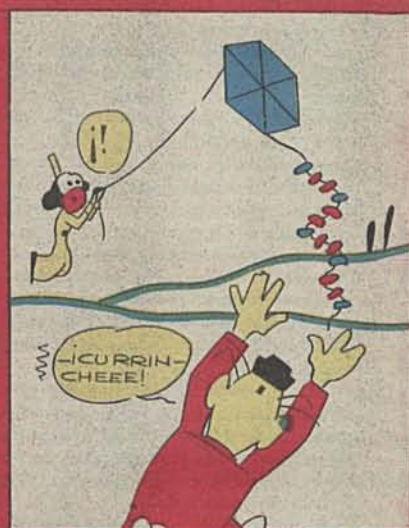
—Perdone; ¿cómo se llama usted?

—Cipriano Bonnet, teniente de infantería de marina.

(Continuará en el número próximo.)



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





POLITO EN LA CIUDAD DE ORO



CUENTOS DE CALLEJA

LA ONZA DE ORO

Castillo



CONTABA solamente ocho años de edad cuando mis padres, que eran muy pobres y tenían muchos hijos, me pusieron a servir en casa de don Próspero Gómez, hacendado que poseía algunos campos en el pueblo de mi nacimiento. Aquel señor, aunque de carácter severo, era generalmente respetado por la rectitud de su vida, y muy querido de todos porque a menudo socorría a los pobres.

Yo no había visto nunca una moneda de oro. Un sábado, yendo al pueblo a un recado de mi amo, me llamó la atención un bultito que, esmeradamente envuelto en un papel, había en el suelo.

Lo cogí, y al quitar el papel para ver lo que envolvía, cayó al suelo un objeto, que al dar en una piedra produjo un sonido metálico agradable.

Recogí el objeto y púseme a contemplarle atentamente. Era amarillo, redondo y relumbraba. Mientras le frotaba con los dedos se me ocurrió que podía ser una moneda de oro de gran valor. Me fijé más y quedé convencido. Sí; era una onza de oro. ¡Un capital para mí!

Apenas lo hube confirmado, cuando metí apresuradamente la moneda en el bolsillo. Miré a todos lados para ver si alguien me había visto. No me atrevía a sacar la mano del bolsillo ni a dejar en él la moneda.

Cada vez que encontraba una persona en el cami-

no, apretaba el puño donde tenía la onza; y si me miraba, ya creía ver en ella al perdidoso que reclamaba su dinero.

Al llegar a casa me acosté; pero no pude dormirme en toda la noche, temiendo que algún ladrón que me hubiese visto en el camino viniera a forzar la puerta y arrebatarme aquel tesoro. Amanecí calenturiento y muy nervioso.

Cuando al otro día me encontré con don Próspero y me dijo: «Pedro...», temblé como un azogado, esperando que continuara: *¿Dónde está la moneda que encontraste ayer y que guardas como si fuera tuya?* Pero mi amo añadió simplemente: «Ve a ver al tío Vicente y dile que quiero hablar con él». Sentime aliviado de un horrible peso.



Salí de casa, y al encontrarme solo en el camino saqué la moneda y me puse a contemplarla. Pero era tanto lo que sufría, que casi me hubiera disgustado la buena fortuna del hallazgo si no hubiera creído que aquella angustia pasaría pronto.

El tío Vicente no estaba en casa, y yo me volví a la de mi amo.

Ya cerca de ella, vi a un alguacil que venía en dirección opuesta, y al instante se me ocurrió que andaba en busca mía para meterme en la cárcel.

Amedrentado salté una cerca y estuve escondido hasta que le perdí de vista. Entonces entré corriendo en mi casa.



Don Próspero me recibió con severo aspecto.

—Ahora sí que estoy perdido —me dije a mí mismo—. Lo ha sabido todo y va a registrarme.

Pero mi amo solamente me riñó por lo que había tardado. Jamás me parecieron más amables sus reprensiones, menos severas sus palabras.

Estuve todo el día trabajando con la onza en el bolsillo, sin dejar de tocarla de cuando en cuando para comprobar que no la había perdido. Tan grande era la angustia y la zozobra, que deseé mil veces no haber encontrado aquel dinero.

Por la tarde fui a casa del tío Vicente, que prometió ir al otro día a ver a mi amo.

Cuando volví a la hacienda ya había oscurecido y cada sombra del camino me parecía un ladrón apostado que iba a lanzarse sobre mí a arrebatarme mi tesoro.

A la mañana siguiente vino el tío Vicente con un hijo suyo a almorzar con mi amo.

Era aquel buen viejo un pobre trabajador, padre de una numerosa familia, sostenida difícilmente con el fruto del trabajo diario; pero como era hombre honrado, todos le daban ocupación, y algunos solían pagarle más que a los otros trabajadores.



Mientras almorzaban, el tío Vicente le preguntó a mi amo que si sabía la desgracia que le había sucedido. Don Próspero le contestó que no.

—Figúrese usted —le dijo el pobre aldeano— que hace noches perdí

la primera onza de oro que había podido reunir en toda mi vida. La tenía envuelta en un papel, y seguramente se me caería al suelo al sacar un pañuelo del bolsillo. Advertí la pérdida al llegar a casa. Recorrí todos los lugares donde estuve aquel día; pero ya alguien la había recogido. ¡Buen provecho le haga, y quiera Dios que su conciencia no le atormente más de lo que vale aquella piezal

Al oír estas palabras no pude contenerme: saqué la moneda y, con mano temblorosa, se la presenté al tío Vicente diciéndole: «¿No es ésta la moneda de oro que usted ha perdido?»

El tío Vicente y don Próspero me miraron con asombro, y, después de breve pausa, me preguntó mi amo dónde y cuándo había encontrado la moneda.

Entonces lo confesé todo, y creyendo que don Próspero iba a castigarme severamente, me eché a llorar.

—No llores — me dijo mi amo tocándome suavemente el hombro—. Eres un honrado muchacho que ha vencido una tentación muy poderosa. Sigue de este modo, y si no llegas a ser rico, jamás te faltará la felicidad de una conciencia pura.

Quería el tío Vicente que yo me quedase con el dinero; pero lo rehusé decididamente y jamás me ha pesado mi resolución.

Desde aquel día tuvo don Próspero conmigo todas las atenciones de un padre, y, como no tenía familia, me dejó al morir muchas onzas semejantes a la del tío Vicente.



FIN



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Dime, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?

—Vas a hablarme, si te parece, de un gusano que atrae mi curiosidad desde hace algunos días. Es un gusano que yo no había visto nunca, y la otra noche me llamó extraordinariamente la atención. Verás. Estaba yo en el jardín de casa y de pronto veo una lucecita entre las hojas de un rosal. Me acerco, y fijate cuál sería mi asombro al ver que aquello que daba luz era un gusano. Lo cogí, lo guardé en una cajita y aquí te lo traigo para que tú lo veas también.

—Lo he visto muchas veces, querido Chonón. Se trata simplemente de una vulgar luciérnaga o gusano de luz. Es un animalito que abunda mucho en los campos.

—Pues yo no lo he conocido hasta ahora. De todos modos, y aunque tú lo hayas visto muchas veces, no deja de ser curiosísimo que un vulgar gusano irradie luz como una linterna, ¿no te parece?

—No solamente es curioso, sino que causa verdadero asombro escuchar opiniones de sabios que aseguran que los rayos de luz que emite este insecto tienen las mismas propiedades que los famosos rayos X; esto es, que traspasan los cuerpos opacos, como la madera, el cartón, etc.

—Verdaderamente, me dejas asombrado. Bien es verdad que el solo hecho de producir luz es maravilloso. El hombre, con ser el rey de la creación, no puede producir luz si no es por medio de un elemento en combustión, como el gas, o en incandescencia, como la luz eléctrica, y, sin embargo, este insignificante animalito, sin otros elementos que su propia energía, se fabrica la luz y la lleva a cuevas para iluminarse el terreno que pisa.

—Veo, curioso Chononcito, que razones muy bien, y que mi sabiduría va haciendo de ti un aventajado discípulo. Todo cuanto has dicho es verdad. Es maravilla la luz de la luciérnaga, y no deja de ser envidiable este don con que le ha favorecido la Naturaleza.

—Y dime, ¿a qué se debe esta luz?

—A la fosforescencia de unas células de grasa. En el interior de estas células se efectúa una continua combustión de oxígeno que el animalito recoge de la atmósfera, y por medio de unos pequeños tubos o conductos lo lleva desde el exterior hasta las mismas células.

—Y a mí me parece que esta luz es bastante grande si se la compara con el tamaño del gusano.

—Y de tal intensidad que en un lugar totalmente oscuro permite leer un papel impreso o las horas de un reloj.

—¿Y no hay más variedad de estos gusanos?

—Todos los *lampíridos* tienen la misma propiedad de emitir luz. *Lampírido* quiere decir brillante. Hay regiones en la América del Norte, en Cuba y en la Isla de Ceilán donde su abundancia es tal que en la noche aparecen como sitios fantásticos. Los miles de lucecitas esparcidas por el suelo les dan el aspecto de lugares de cuentos de hadas. Y aun es mayor el encanto cuando se ve a estas lucecitas revolotear alrededor de los árboles.

—No te comprendo, amigo buho. Los gusanos no tienen alas y mal pueden volar.

—El macho de la luciérnaga tiene alas, y en las noches estivales vuela de un lado para otro, dejando ver de cuando en cuando, intensos destellos luminosos.

—Ahora lo comprendo. Pero este gusano que yo cogí me parece que despedía luz constantemente, no a intervalos, como esos de que me hablas.

—Las luciérnagas hembras tienen luz continua, y los machos sólo a intermitencias.

—Pues en esos sitios casi se podrá andar con paso seguro, aun en las noches más oscuras.

—No creas que esta luz deja de reportar sus utilidades. Los indígenas de las zonas de Ceilán, donde abundan las luciérnagas, hacen con ellas lámparas para iluminar débilmente sus viviendas, y no han faltado caminantes que en noches muy oscuras se han atado al caizado hojas con gran cantidad de gusanos de luz para poder marchar a través de las selvas. Las mujeres de algunas tribus utilizan a estos animales como adorno de sus cabellos, y los guerreros jinetes también los utilizan como adorno de sus corceles.

—La verdad es que dan ganas de colocar el gusanito en un sitio bien visible por la noche. ¿Qué tal estaría de alfiler de corbata?

—Muy mal; porque el pobre bichito que llevas en la caja me parece que ya no dará más luz, porque si no se ha muerto le falta poco.

—¿Qué haría yo para que no se muriera?

—Llévalo corriendo al campo y déjalo entre la hierba. A lo mejor, puede que aún se fortalezca.

—Pues me voy corriendo a llevarlo. Sentiría que por mi culpa se muriera el animalito.

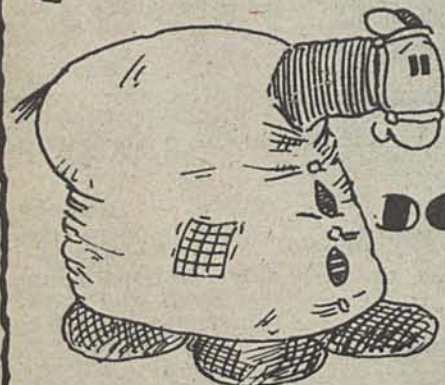
—Haces muy bien.

—Adiós, amigo buho; no quiero dejar pasar ni un segundo más.

—Anda con Dios, amigo Chonón.

EN EL PRÓXIMO NÚMERO EMPEZARÁN LAS

DIVERTIDÍSIMAS DESDICHAS DE DON PANFRITO Y SU CABALLO SPARKITO



CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE ENERO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

LA BRUJA MARIZÁPALOS Y SU BUHO



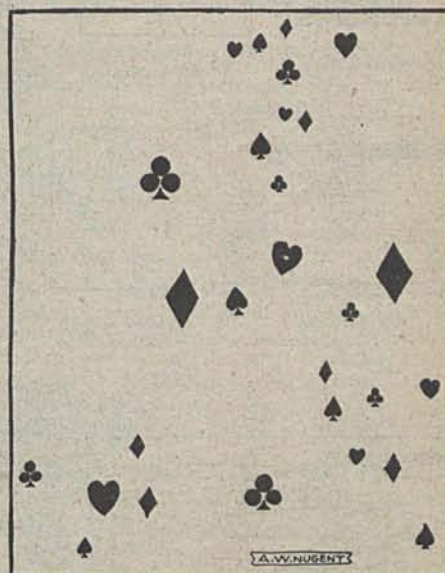
Este dibujo que veis aquí, y que, al parecer, no contiene nada más que ramas, hojas y flores, oculta entre sus líneas a dos seres a cual más repugnantes por sus malas acciones. Y si no, recordad cualquier cuento y veréis cómo donde hay una bruja hay alguna fechoría. Y donde está la bruja no lejos anda el buho o la lechuza, pues éstos son sus animales inseparables. Mirad con detenimiento y veréis al poco rato a la bruja Marizápalos y a su lechuza o buho, pues no estoy muy seguro qué clase de animal ha hecho nuestro dibujante.

DIBUJO CON ERRORES



Hoy sí que es sencillito. ¡Una americana nada más! Bueno; pues ¿sabéis cuántos errores hay en ella? ¡Agarraros! ¡Siete! ¡Jamás vimos sastre más idiota! Esta vez la culpa no es del dibujante, pues éste pintó lo que vió, y como lo que vió era una tontería, pues una tontería dibujó. Claro que a poco que os fijéis encontraréis los errores, pues ésta es una prenda bien conocida. Un error, por ejemplo, es que un botón lo tiene negro y otro blanco. Los otros seis me vais a hacer el favor de buscarlos vosotros. ¿Cuáles son?

ROMPECABEZAS

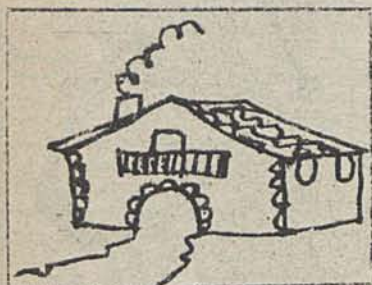


Todos estos signos de baraja francesa, y que suman un total de veintiocho, me los vais a separar en siete grupos, de a cuatro cada uno, con sólo trazar tres líneas. Estas líneas han de ser completamente rectas.

COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE ENERO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados



Mi caserio.
CHARITO PERO SANZ.



Un andaluz.
ANTONIA SANZ.



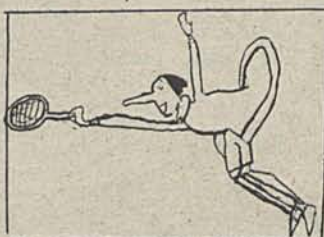
Un piel roja.
BENITO MONTUENGA.



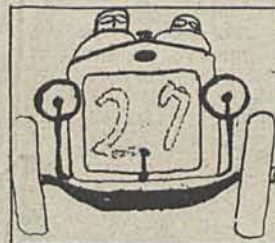
Paco Morronguis.
ANTONIO MORETA.



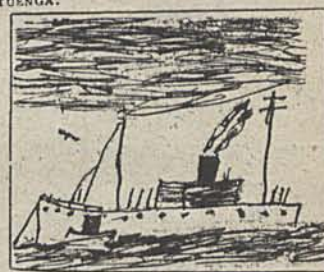
Un paso.
FERNANDO DE BLAS.



Pinocho jugando al 'tennis'.
JOSÉ R. CASO.



Un «auto».
JOSÉ CASALS.



Un barco.
JUANITO MARTÍNEZ.



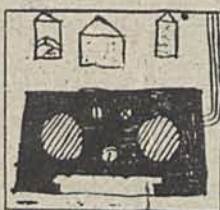
Pirula.
ANITA MARTÍNEZ.



Retrato.
RAMÓN ASQUERINO.



Guerrero griego.
VICENTE CAMINO.



Mi aparato de radio.
MIGUEL DAINOW.



Diek, mi caballito africano.
MERCEDES REY.



El criminal.—¡Cualquiera creará que he hecho algo!
M. LECHIGUERO.



Un aeroplano.
ALFONSO IÑIGO.



Mi mejor amigo.
ROMÁN YUGO.



Un niño jugando.
PILAR LÓPEZ.



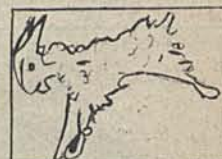
Un escocés tocando el bombo.
LUIS F. VILLAVEDE.



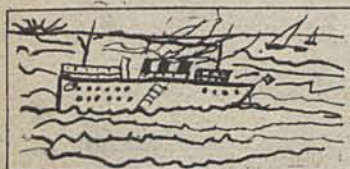
Pinocho.
ÁNGEL SÁNCHEZ COVISA.



Un pollo pera.
MANUEL LAIRADO.



Mi cabra.
BALBINA FERNÁNDEZ.



Un vapor.
FRANCISCO P. MIRABETE.



Pierrot.
JOSÉ CRISTÓBAL.



Una mujer moderna y un hombre antiguo.
M. EUGENIA TREJOS.



Gregorio Cuenco.
DOMINGO VILLALBA.



El hijo del jardinero.
PILAR LÓPEZ.



Anita y Pelucho.
ALBERTO TORIBIO.



Retrato, por
JOSÉ L. FERNÁNDEZ.



Frutas.
MARÍA LUISA ABADAL.



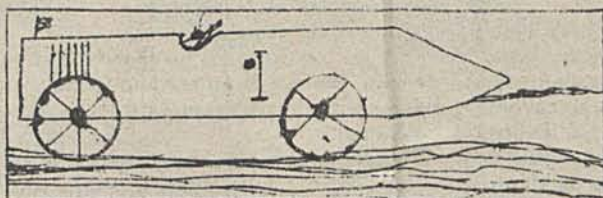
Minhermana Mercedes.
ISABEL.



Perfil.
RUTH M. BUSTELO.



Vendiendo Pinocho.
FRANCISCO MARTÍN.



Mi «Bugatti» de carreras.
JAIME PINIÉS.



Un velero.
BASILIO RAMIRO.



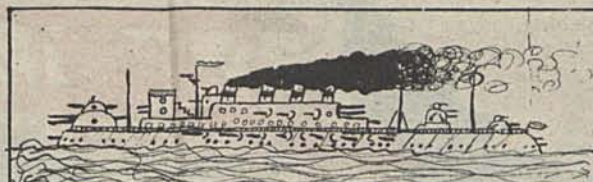
Un perro.
ABELARDO ALGORA.



Chico del día.
FRANCISCO CARRASCO.



Caballero.
ANTONIO CANSECO.



Un acorazado.
JOSÉ CASALS.



Don Turulato.
JOSÉ CARMONA.



Una iglesia.
JOSÉ ÁLVAREZ.

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASA- TIEMPOS DEL MES DE MAYO

FALLO DEL JURADO

PREMIOS consistentes en libros de preciosos «Cuentos de Calleja».

- Primer premio..:** Juan Hinestrosa.
Segundo premio: A. Lüzuriaga.
Tercer premio..: Roque García.
Cuarto premio..: Mercedes Losada.
Quinto premio..: Antonio Carvajo.

ACCESITS consistentes en un **DIPLOMA** con el emblema de Pinocho y el nombre del Pinochista diplomado.

Antonio Cifuentes, Serafin Mata, Gloria Díaz, Manuel Poyatos, Esperanza Sastre, José M. Mercadal, Anita Rubio, Rafael Urquiola, Gerardo Sanchiz, Luis Maria Bellaustar, J. Jimeno, Luis Baranda, Ana Berastegui, Ramón Gallástegui, Cruz Roca, Hipólito Fernández, Eustaquio Ramos, Romualdo Fuertes, Gabriel Miró, Petra Camargo.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid hasta pasado un mes de la publicación de este número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato para publicarlo en la Revista. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que les haya correspondido, acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con **accésit** deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren, enviarlo para que se publique con la mención «Premio con accésit».

Ayuntamiento de Madrid

PREMIOS A LA COLABORACION PI- NOCHISTA DEL MES DE JULIO

FALLO DEL JURADO

PREMIOS consistentes en libros de preciosos «Cuentos de Calleja».

- Dibujos...** Primer premio... Vicente Pedrera.
Segundo premio... F. Letamendia.
Cuentos... Primer premio... Pilar Cantón.
Segundo premio... Antonio Mondéjar.
Chistes.... Primer premio... Josefina Hernández.
Segundo premio... Mariano García.

ACCESITS consistentes en un **DIPLOMA** con el emblema de Pinocho y el nombre del Pinochista diplomado.

Dibujos.—Manolita Rodeles, Rafael Estébanez, Carmina García, Enrique de Cusa, César F. Luengo, Alicia M. Valderrama, Cipriano Molina, Aurorita Carrasco, Petra L. Navarro, Borja de Arteaga, Elena Mata, Vicente S. de Heros, Margarita Madrazo, José Luis Pérez, L. Campo, Manuel A. de Sotomayor, Emilio de Isasa Pileca Montañó, Gabriel Monje, Rafael Aracil, Miguel Torres.

Cuentos.—M. Orlando Sepulvedano, Joaquín Díez Canedo Santiago Pernaut.

Chistes.—Conchita Oria, Florencio Álvarez, Rafael Jiménez Alvaro G. de Pruneda, Vicente L. Forcada, Mariano García.



Sección Pirula

CUENTOS DE PIRULA

El juguete de los cuatro vientos.—Bóreas, Aquilón, Euro y Céfiro vivían con su madre, la diosa Aurora, la de los dedos de rosa, en

una caverna tapizada de musgo en la isla Eolia.

Aquella tarde del día 5 de enero, de un año no muy lejano al actual, los cuatro hermanos habían trabajado mucho, levantando por toda la Tierra y los mares tempestades espantosas, y volvían muy fatigados, cada uno por su lado, a la caverna donde su madre les esperaba con impaciencia. La dichosa Aurora tenía preparado a sus hijos un succulento festín de sesos huecos, soplillos de chocolate y buñuelos de viento.

—¡Qué tarde venís! —exclamó al verlos—. Además, estáis helados. Pronto, pronto a cenar para acostaros temprano. ¿Acaso se os ha olvidado que hoy es víspera de Reyes?

Los Vientos, al oír estas palabras, lanzaron un gran resoplido de sorpresa. Era cierto; se les había olvidado. ¡Qué alegría! Todos los años en tal fecha —ya que de ellos nunca se acordaron los Reyes Magos, Melchor Gaspar y Baltasar— su mamá les tenía preparado algún regalo sensacional.

Al acostarse, los cuatro hermanos se preguntaban: «¿Qué nos regalará mamá este año?» Y recordaban los regalos recibidos en años anteriores:

—A mí —dijo Bóreas— lo que más me gustó fué aquel juguete de hace muchos, muchos años, que parecía un enorme cascarrón de nuez y se llamaba nave, y dentro del cual unos hombres, llamados fenicios, ayudándose con pértigas iban por el mar de una tierra a otra.

—Sí que nos divertimos con él —aprobó Céfiro—; recuerdo que empezamos soplando ligeramente y arrugando el agua; luego más fuerte y alzando olas; luego ahondamos abismos profundos, y los pobrecillos hombrecitos, después de correr de un lado para otro como hormigas asustadas, se hundían para siempre.

—A mí —declaró Euro—, el juguete que mejor recuerdo me ha dejado fué cierta pelota redonda y ligera, llamada Montgolfier.

—¡Ay!, sí. ¡Qué gracia tenía aquello! —exclamó a su vez Aquilón—. Querían subir muy alto, los muy tontos, y a poco que soplamos, desgarramos la pelota y dimos con ellos en tierra.

Céfiro habló entonces con su dulce voz:

—Para mi gusto —dijo—, ningún juguete tan bonito como ese artefacto que va por el mar, movido por fuego y con unas ruedas que se agitan en el agua como las patas de una gaviota.

—Ya —dijo sabiamente Euro—. Buque de vapor le llaman.

—¡Eso! Nos cuesta más trabajo destruirle que a los de-

más, empujándolo contra los arrecifes o hundiéndole en los abismos submarinos; pero, por lo mismo, resulta el juego más divertido que ninguno.

—El de mañana —murmuró Bóreas—, ¿cómo será?

La voz melodiosa de Aurora impuso silencio:

—A dormir, niños —decía—; mañana será otro día, y creo que quedaréis satisfechos con la sorpresa que os tengo preparada.

A la mañana siguiente, apenas amaneció la mamá Aurora, cuando los cuatro Vientos se levantaron y corrieron presurosos, impacientes, a la entrada de la caverna.

Allí estaba el juguete.

Era un pájaro; pero un pájaro muy raro, con alas inmensas de lona. Junto a él un ser minúsculo —un hombre— se afanaba, manejando palancas extrañas y complicadas del fantástico animal.

—¡Qué mono es! —exclamaron a una los cuatro Vientos.

—Me alegro que os agrade —dijo sonriendo la diosa Aurora—. Vuestro es; divertíos, pero sed prudentes; el más ligero soplo vuestro bastaría para destruirle.

Y proveyéndose de su llave color de tiempo, la diosa de los dedos de rosa partió a abrir las puertas de Oriente.

Euro, Bóreas, Aquilón y Céfiro quedaron encantados, rodeando el juguete con exclamaciones de asombro y entusiasmo.

—¡Cómo gira su ruedecita!

—¡Se ha movido!

—¡Ay! ¡Que se quiere marchar!

Céfiro, que estaba detrás del aparato, sopló.

—¡Que se escapa! ¡Que se escapa!

Y echaron a volar detrás de él, soplando los cuatro. El pájaro singular vaciló y vibró; pero las alas inmensas resistieron. Se elevó más y más, produciendo un ruido infernal, y partió raudo en la luz de la mañana.

—¡Pronto, pronto! ¡Corramos! ¡No le dejemos escapar!

Ahora ya, los cuatro Vientos corrían con toda su alma y soplaban con todas sus fuerzas, desencadenando torbellinos de aire en torno al aparato; y el pájaro volaba, volaba como si nada. Bóreas se cansó el primero y se dejó caer rendido en una nube; los demás no tardaron en imitarle.

Y el pájaro fantástico desaparecía tranquilo, impasible, bur-lón, allá a lo lejos, en las alturas.

Abrumados por la fatiga de sus esfuerzos inútiles y por la rabia y la vergüenza de su primera derrota, los cuatro Vientos volvieron a su caverna. Hallaron a la diosa Aurora con la cabeza entre las manos, llorando.

—Hijos míos —murmuró—, ya lo sé todo; me lo ha contado el Tiempo. Ese pájaro no es un juguete como creí yo en un principio; es más fuerte que vosotros y os ha vencido: es un aeroplano.

Y desde aquel día los Vientos no han vuelto a recibir ningún regalo el día de Reyes. Según me ha contado un pajarito, vosotras, mis Pirulindas queridas, habéis tenido más suerte; así sea siempre, así recibáis todos los años preciosos juguetes... y no los destrucéis nunca.

